



## DICCIONARIO CRÍTICO DE POLÍTICA CULTURAL

Cultura e imaginario

Teixeira Coelho

SERIE CULTURAS

gedisa  
editorial

TANTO quienes participan en la gestión cultural como aquellos que inciden de formas múltiples en los procesos culturales, desde hace tiempo, vienen requiriendo herramientas intelectuales que permitan una cierta ordenación semántica —de por sí, contingente pero no menos valiosa— de un ámbito en permanente expansión: el campo de la cultura y de las políticas culturales. Si algo caracteriza esa expansión es un *estallido* de conceptos fecundos aunque no exentos de ambivalencia. Lo que es más decisivo: esos conceptos, que nos permiten leer determinadas experiencias históricas, son también los que nos ayudan a imaginar intervenciones específicas en la dinámica cultural, en cuanto dimensión constitutiva de nuestras vidas en común.

No debería sorprender, pues, la aparición algo tardía en España de *Diccionario crítico de política cultural. Cultura e imaginario*, dirigido por Teixeira Coelho quien, además de coordinador del Observatorio de Políticas Culturales, es profesor y coordinador de la línea de enseñanza e investigación en Acción Cultural en San Pablo (Brasil). Y no debería sorprender porque la condición de posibilidad de cualquier diccionario es que exista tanto una “terminología” relativamente consolidada que *inventariar* así como una *demandas de conocimiento* que justifique la tarea de cartografiar determinadas áreas discursivas. Tal es la tarea que emprendió el equipo interdisciplinario dirigido por Coelho. La resultante es este diccionario especializado, publicado originalmente en portugués en 1995 y reeditado en España quince años después.

Se trata de un libro de consulta de sumo interés para diferentes agentes culturales, en particular, para los que gestionan el patrimonio público, los que participan en las industrias culturales y los que trabajan en el contexto de una creciente pluralidad cultural en el ámbito público y privado. A pesar de unas cuantas erratas (evitables con una revisión más detenida), la edición de un *Diccionario* de este tipo constituye un aporte valioso para el desarrollo de una *práctica articulada de gestión cultural* y para la consolidación de un *dominio de saber* que viene adquiriendo creciente importancia en nuestras sociedades contemporáneas a partir de las últimas décadas del siglo veinte.

En este sentido, este *Diccionario* aproxima al público hispanoparlante a un terreno tan fértil como resbaladizo. Al fin y al cabo, ¿cuál es el propósito de un diccionario sino *sistematizar* un área de conceptos más o menos definibles que proliferan de forma caótica o, al menos, *proporcionar* algunas claves de acceso a un campo que lo rebasa? Sobre ese transfondo, se advierten mejor las dificultades de elaborar un trabajo crítico que nunca se limita a constatar unos significados, sino que ejerce, simultáneamente y de forma más o menos abierta, una función arbitral: evaluar las diferentes aproximaciones conceptuales a unos términos específicos que, por lo demás, nunca operan de forma aislada. Ajeno a la lógica formulaica que exige definiciones claras y sencillas, la problematización que subyace al *Diccionario* es doble: interrogar lo que significa “cultura” en un contexto en que sus sentidos se multiplican así como

JOSÉ TEIXEIRA COELHO,  
*Diccionario crítico  
de política cultural:  
cultura e imaginario*,  
traducción de Ángeles  
Godínez, Gedisa, Bar-  
celona, 2009, 368 pp.  
ISBN 978-84-9784-  
249-5.



reflexionar sobre los modos en que podemos intervenir —a partir de políticas y acciones concretas— en las condiciones culturales de nuestro presente. Desde esa perspectiva doble, los caminos abiertos son variados y fecundos. Recorrerlos puede resultar una tarea ardua y, sin embargo, imprescindible para quien quiera ahondar en la compleja trama de lo cultural.

La paradoja de un diccionario es que aunque aspire a representar de forma exhaustiva la *totalidad* de un campo semántico (en este caso, el diccionario consta de más de 200 entradas con sus respectivos sumarios, términos relacionados y referencias bibliográficas), siempre termina constituyendo una *parte* necesariamente rebasada por los discursos que se producen al respecto. Más específicamente, la paradoja de un diccionario *crítico* es que cuanto más persigue la clarificación de las luchas por las definiciones legítimas, más participa como parte del juego: en tanto toda definición central está internamente dividida, obliga a un posicionamiento del sujeto que define, reintroduciéndolo en la palestra ideológica que había tomado como objeto. No es ésta la excepción: Coelho *toma partido* entre conceptualizaciones diversas y, de manera algo inesperada, prosigue la teorización e investigación cultural *por otros medios*, al punto de incluir unos anexos finales que no hacen sino ahondar en esta dirección teorizante. Nada hay de erróneo en este proceder, que admite de entrada la imposibilidad de neutralidad. Sin embargo, los límites de la forma, del género de discurso, pasan factura tanto en una cierta *insuficiencia de desarrollo* como en una *deficiencia en la crítica teórica* de algunos conceptos. Llevada al extremo, una teorización así introducida erosiona la lógica misma de un diccionario —su operación ideológica por excelencia— que es el borrado del sujeto de la enunciación, su desaparición explícita de las definiciones en pugna.

En el contexto de esas complejidades, los términos definidos continúan las irresoluciones conceptuales que conllevan. Lo dicho parece singularmente cierto con la noción de “cultura”. Coelho no sólo discute la operatividad de un concepto antropológico de cultura (como forma que caracteriza un modo global de vida comunitario), sino que también ahonda en sus sentidos idealista y materialista, para terminar señalando que la tendencia dominante en política cultural es abordar la cultura tomada como un sistema de significaciones sobre las que se puede incidir. Siguiendo al autor, una política cultural no puede ocuparse de todo e interesa más bien destacar el principio de “centralidad de la cultura”, lo que conlleva entre otras cuestiones una consideración mayor a nivel gubernamental e institucional. “La cultura debe estar en el centro de la vida de las personas, y ése es el tributo que la política cultural paga a la antropología. Pero para la política cultural, no todo es cultura” (p. 83). Lo dicho, ciertamente, no contribuye a esclarecer ni el objeto de las políticas culturales ni lo específica o distintivamente cultural, sino que introduce una referencia adicional a la cultura como “larga conversación” que no suprime las dificultades mencionadas ni contribuye a situarla como proceso material. Así pues, persiste una indefinición estructural que torna *indecidibles* los significados planteados, no obstante los énfasis conscientes del autor.

Bien puede alegarse que un diccionario no puede por sí solo resolver esas indefiniciones. Exponerlas a secas formaría parte de nuestro conocimiento de un *estado determinado* del campo. En efecto, cualquiera que se interne en la problemática cultural deberá atravesar esos escollos, a riesgo de hacer de la claridad una forma encubierta de ceguera. Sin embargo, esas indefiniciones podrían estar horadando, en última instancia, la posibilidad misma de un “diccionario”; ser indicio de que, al fin de cuentas, lo que está en juego aquí es una opacidad semiótica que amenaza con hacerse inabordable. Por fortuna para el lector, la expansión de lo indefinido no llega al punto de impedir unas formulaciones referidas a conceptos más o menos abiertos que clarifican los modos en que



los seres humanos organizamos nuestras vidas, nuestros valores y nuestros vínculos. Y si en determinados pasajes cabría hacer una petición de mayor exhaustividad a los responsables de este diccionario, nada de ello debería dar lugar a una exigencia tácita de sistematicidad plena (inalcanzable como objetivo de conocimiento). Quizás sea esa la exigencia insostenible que parece plantearsele a cualquier diccionario y de ahí su núcleo estructuralmente decepcionante (lo que no significa que carezca de valor o que no tenga méritos concretos). A la inversa, aceptar que una sistematicidad plena es imposible no equivale a desistir de la confrontación entre lo que un texto se propone y lo que efectivamente alcanza.

Tras lo expuesto, resulta claro que una crítica al *Diccionario* requiere no la referencia a exclusiones simples —términos que un texto especializado no incluye dentro de su compendio—, sino el examen tanto de *lo dicho* como de *lo omitido*, esto es, de aquello que —según pautas de pertinencia de un campo discursivo específico— debería estar cubierto de forma mínima. Con esa perspectiva, merecería especial atención la omisión, al menos en esta versión actualizada, de nociones como “alteridad cultural”, “comunicación” —diferenciable de la “acción comunicativa” que se incluye en un sentido habermasiano—, “interculturalidad”, “historia cultural”, “discurso”, “estudios culturales”, “política de identidad”, “postcolonialismo”, “mediación” (irreducible a la categoría de “mediador cultural”), “semiótica de la cultura”, “significación” o “tecnologías de la comunicación”, por poner algunos ejemplos de pertinencia clara. Es cierto que Coelho no se plantea en absoluto siquiera la posibilidad de “decirlo todo”. Sería inútil reprochárselo y la inclusión de esos términos no alteraría en nada el proceder fragmentario de un diccionario. Sin embargo, puede que esas omisiones sean sintomáticas de una cierta subestimación de los estudios de comunicación —especialmente prolíficos en Latinoamérica— y de la primacía de un enfoque antropológico en esta conceptualización. Al respecto, luego de comentar la insistencia en confundir lo comunicacional y lo cultural, Coelho afirma con rotundidad: “La cultura, sin embargo, no es comunicación” (p.185). Con todo, las escasas alusiones a lo comunicacional —como proceso controlable, reducido al esquema funcionalista (E-M-R), sustraído de lo cultural— no sólo son insuficientes, sino también inconsistentes con la idea de “cultura” como juego conversacional. Como contrapartida, casi ningún investigador contemporáneo de la comunicación aceptaría sin más ese esquema simplificado de las prácticas comunicacionales. La consecuencia más visible es que en el diccionario nos vemos privados de una indagación acerca de los vínculos estructurales entre “comunicación” y “cultura”.

En estrecha relación a esas omisiones, aparece una serie de *presuposiciones* que requerirían alguna justificación adicional, tal como es el caso de un enfoque psicoanalítico de orientación jungniana, en detrimento de las investigaciones freudianas y lacanianas (incluso en el contexto de términos en que han efectuado aportes decisivos). Más en general, bien pueden indicarse falencias bibliográficas en determinadas entradas, en las que una mayor pluralidad se echa de menos. Si en “imaginario” no hay referencias a las aportaciones de autores tan decisivos como Sartre, Lacan, Bachelard y Castoriadis, esta falencia retorna en varios puntos, incluyendo “política cultural” —en la que están ausentes las consideraciones de Raymond Williams y Stuart Hall, difíciles de eludir en este campo—, “grupo” —sin consideración de lo elaborado en un campo tan pertinente como el de la psicología social, incluyendo a Pichón-Riviere— o “mito”, en el que la falta de referencias a planteamientos como los de Barthes o Levy-Strauss no parece justificada, habida cuenta de su relevancia teórica en este punto. La contrapartida de estas falencias es la *repetición* de una bibliografía especializada que, siendo relevante para avanzar en las definiciones, en ocasiones opera como marco de referencia restrictivo.



Asimismo, no deja de advertirse un cierto desequilibrio en las definiciones (algo que, a primera vista, resulta razonable en función de la importancia variable del término). El caso es que algunas entradas, tal como han sido abordadas, terminan resultando superficiales (como ocurre con “alogestión”, “bien artístico”, “control cultural”, “convergencia simbólica”, “grupo-sujeto”, “heterocultura”, “imagen personal”, por poner algunos ejemplos), mientras que otras adquieren un carácter exhaustivo que se aproxima al ideal de un estudio erudito (y esto es particularmente cierto en nociones como “culturas posmodernas”, “circuito cultural”, “ecomuseo”, “evaluación”, “industria cultural”, “lectura”, “política cultural”, “política de eventos” por citar algunas).

Nada de lo antedicho echa por tierra una elaboración como la presente; a lo sumo, señala algunos de sus riesgos. Coelho los ha asumido y es de agradecer, lo que no significa que no podamos y debamos identificar los límites de una iniciativa de este tipo. Desde un prisma similarmente crítico, además de los señalamientos ya efectuados, habría que discutir la validez de planteamientos binarios como los realizados en el Anexo I, “Cultura es la regla; arte la excepción”, que contraviene no sólo la entrada misma de “cultura” —en la que “arte” aún sigue siendo parte de ese continente mayor—, sino algunas otras, como es el caso de “sistema de producción cultural”, donde el teatro, el cine, la literatura la música y las artes plásticas son considerados inequívocamente como productos culturales. Al respecto, bien podríamos preguntar si una noción de “cultura” así planteada no termina haciendo incomprensible la génesis del arte e, inversamente, si la exclusión del arte no termina vaciando, en un aspecto decisivo, el sentido de lo cultural. De forma análoga, cabría interrogarse acerca del tratamiento que Coelho hace de categorías como “cultura hegemónica” y “cultura popular”, puestas en cuestión desde una dudosa tesis de yuxtaposición propia de la globalización cultural. Finalmente, es de celebrar que el diccionario concluya con unos vectores referidos a política cultural: concretiza precisamente lo que constituye el espacio nuclear en el que se mueve.

Más allá de desacuerdos y aciertos, quizás el mayor mérito del *Diccionario* sea proponer la gestión cultural —esa “ciencia de la organización de las estructuras culturales”— como uno de los ejes fundamentales del debate público contemporáneo, incluso con las connotaciones mercantilistas que el término tiene en la actualidad. Aventurarse en tal tentativa entraña dificultades severas y no es extraño que dejen en un estado “desolador y cautivante”: dicha tentativa necesariamente estará marcada por lo incompleto. Pero es esa incompletud, precisamente, lo que augura nuevos trabajos críticos que prosigan la línea inaugurada por Coelho y, lo que parece más importante todavía, continúen el desafío de elaborar políticas culturales en las que se juega la posibilidad misma de mejorar la convivencia humana.

**Arturo Borra**